

## ***RINCONETE Y CORTADILLO***

Un caluroso día de verano coincidieron en la famosa venta del Molinillo, parada habitual de cuantos viajan desde Castilla a Andalucía, dos muchachos de unos catorce a quince años. Ambos se desenvolvían con gran desparpajo, pero su aspecto era más andrajoso de lo que nadie podría imaginar. Iban muy mal vestidos, con las ropas rotas y descosidas, y tan cansados por el viaje como maltratados por la vida. Ninguno de los dos llevaba capa, tan sólo unos humildes calzones cortos sin más medias debajo que sus piernas peladas ... Tenían los dos muchachos la piel quemada por el sol, las manos sucias, las uñas largas y renegridas. El más joven portaba al cinto un imponente cuchillo de carnicero; el otro, una espadita corta.

Ambos salieron fuera de la venta a descansar un poco y se sentaron en el suelo, frente a frente, debajo de un cobertizo que había a la entrada.

—¿De dónde eres? —preguntó el que parecía mayor—. ¿Llevas destino fijo?

—No sé de dónde vengo ni a dónde voy —respondió desconfiado el más jovencillo.

—Pues por tu aspecto no parece que hayas caído del cielo, muchacho. Y tampoco creo que esta venta sea el lugar adecuado para quedarse aquí toda la vida.

—¡Cuánta razón tienes! —admitió el otro—. Pero no creas que te he mentado. Si te he dicho que no sé de dónde vengo es porque ya nada me une a mi tierra. ¿Qué amor le voy a tener a mi pueblo, si mi padre me desprecia y mi madrastra no hace más que maltratarme porque su sangre no corre por mis venas? En cuanto a dónde voy, te diré que no sigo más camino que la aventura, y no pienso parar hasta encontrar a alguien que me ayude a sobrevivir en esta miserable vida.

—¿Tienes algún oficio? —preguntó el de más edad.

—Corro más que una liebre y salto como un gamo. ¡Ah, y manejo las tijeras con más finura que nadie!

—¡Magnífico! —exclamó irónico el muchacho mayor—. Podrás ganarte un buen vaso de vino y un trozo de pan recortando flores de papel para adornar los pasos de Semana Santa.

—¡Que no entiendes nada, compañero! —protestó el más joven—. Mi especialidad con las tijeras no son las flores para adornar a los santos, sino el corte y confección. Mi padre es sastre y me ha enseñando bien el oficio, y lo hizo tan bien, que pasé de cortar telas a pegar el tijeretazo en las asas de los bolsos. Por cierto, me llamo Diego Cortado.

- Pues yo me llamo Pedro del Rincón —prosiguió el otro— y mi padre es una persona de muchísima categoría. ¡Nada menos que un ministro de la Santa Cruzada!, vulgarmente, llamado buldero. Su honrado oficio consiste, como bien sabrás, en vender bulas. En su compañía aprendí todos los secretos de esta profesión, y ya no hay quien me gane a ello. De hecho, enseguida empecé a venderlas yo solo. Lo malo es que un día cometí la locura de quedarme con el dinero de la última recaudación. No me lo pensé y salí disparado de mi pueblo con el talego bien lleno. Luego, encaminé mis pasos sin demora hacia Madrid, donde me fundí la pasta en unos cuantos días, porque son muchos los placeres y comodidades de la Corte. Puedes imaginar —añadió con picardía— que de la saca de mi robo no queda más que la tela ...

—Olvidémonos de todo eso —continuó diciendo Rincón—; y puesto que ya nos conocemos, no son necesarias esas grandezas: confesemos llanamente que no teníamos blanca y ni siquiera zapatos.

—Sea así —respondió Diego Cortado—. Comencemos pues nuestra amistad, señor Rincón, en este mismo momento, que ha de ser perpetua, y hagámoslo con las debidas ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón y Rincón a él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna.

En esto salió un arriero a refrescarse al portal y pidió ser tercero en el juego. De buena gana lo acogieron y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís que fue como darle doce lanzadas y veintidós mil disgustos, y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo impedirían, quiso quitarles el dinero, pero, echando mano uno a su media espada, y el otro a su cuchillo, le dieron tanto que hacer que, de no salir sus compañeros, sin duda lo habría pasado mal.

En ese momento pasaron casualmente por el camino unos viajeros a caballo que iban a descansar a la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales viendo la pelea del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si por casualidad iban a Sevilla que se fuesen con ellos.

—Allá vamos —dijo Rincón— y serviremos a vuestras mercedes en todo cuanto nos manden.

Y ASÍ FUE CÓMO, EN COMPAÑÍA DE ESTAS BUENAS GENTES, RINCÓN Y CORTADO LLEGARON A SEVILLA, DONDE LES SUCEDIERON MÚLTIPLES AVENTURAS.